

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO A

2ª Lectura (Rom. 5, 6-11)



“Si fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón seremos salvados por su vida!”

«Hermanos: Cuando nosotros todavía estábamos sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos –en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien, tal vez se atrevería uno a morir–; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvos de la cólera!»

Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida! Y no sólo eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación.» (Rom. 5, 6-11).

“Cuando nosotros todavía estábamos sin fuerza”: Cuando todavía estaba el hombre sin los efectos de la gracia santificante adquirida por

Nuestro Señor Jesucristo en la cruz, es decir, cuando todavía el hombre no contaba con la fuerza requerida para liberarse de su pecado, entonces el Señor muere por el hombre y lo libera del pecado y de la muerte eterna.

No es que ahora el hombre ya tiene fuerza para auto-redimirse, pues no la tendrá jamás, sino que ahora el hombre puede acceder a la salvación, mediante la fe, gracias a la redención hecha por Nuestro Señor Jesucristo. La “*fuerza*” que ahora tiene el hombre, y que antes de la redención no tenía, está en poder librarse de su pecado gracias a Jesús.

Aquel tiempo remoto en el que el hombre vivía sin la “*fuerza*” redentora de Cristo Jesús, se vio sumergido en la violencia de todas las pasiones, pero después de la redención del Señor sólo se ve libre de la violencia de sus pasiones quien vive en Cristo Jesús. Quien no participa ahora de la salvación de Dios sigue viviendo “*sin fuerza*”, aunque con la posibilidad de fortalecerse mediante la penitencia.

“En el tiempo señalado”: Los acontecimientos históricos divinos están señalados como mojones en la historia del hombre. Mientras que ese tiempo no llega, no se produce el designio divino para ese tiempo, que en nuestro caso es la redención del hombre por la muerte de Cristo Jesús en el madero de la cruz.

Pero debes tener en cuenta que el “*tiempo (καίρὸν)*”, a que alude S. Pablo se presta a confusión en nuestra concepción occidental del término. Aquí tiene un sentido más bien teológico. Está hablando S. Pablo de un tiempo indeterminado o inmenso, tiempo propicio cuajado en gracia, tiempo oportuno de salvación (cf. FRANCISCUS ZORELL, S. I., *Lexicon Graecum Novi Testamenti*).

«*Κατὰ καιρόν.*

En el tiempo señalado.» (ZERWICK, M.; *Analysis Philologica N. T. Graeci*).

“Cristo murió por los impíos”: No se trata de un heroísmo llamativo en favor de los amigos necesitados de un auxilio, sino de “*los impíos*”, que tramán asechanzas contra Dios hasta matarlo y están necesitados de la liberación de su pecado y de la muerte eterna. Pues bien, es por estos por quienes el Señor padece y muere, por ti y por mí.

De rebote da S. Pablo una definición lacónica y nada laudable del hombre: *“impío”*. Nunca olvides que el hombre ha heredado de Adán la impiedad, pero tampoco olvides que también ha heredado el hombre de Cristo Jesús la liberación de la impiedad heredada de Adán, y también la nueva vida piadosa conducente a la vida eterna.

Después de esta oblación cruenta hecha por Cristo Jesús en tu favor, ¿tú qué harás? –¿Te dedicarás al fútbol y a los toros?: ¡Vamos...!

“En verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien, tal vez se atrevería uno a morir”: El contraste entre el modo de obrar de Dios y del hombre es llamativo en extremo. Dios muere por enemigos, pero el hombre no mueve un dedo por auxiliar con su vida ni a los amigos, pero si lo moviera, como hipótesis de trabajo, lo hiciera por ser amigo, mas Dios muere por el enemigo, tú mismo.

Con este argumento quiere S. Pablo darte a entender el infinito amor que Dios te profesa, pues agotó todas las posibilidades a su alcance para convencerte de que te ama con amor de Padre.

Si cuando le has dado una coza a Dios, Dios te ama así, ¿cómo te amará si le das un beso?:

“Mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros”: El argumento para demostrar el amor de Dios por el hombre es contundente, pues muere por enemigos letales; más aún, sin tener necesidad de morir, pues con una sonrisa del Niño en el pesebre de Belén era más que suficiente para dejar zanjada la deuda del hombre con Dios; sin embargo, Cristo Jesús muere para demostrarte su amor por ti, para ganar tu amor mezquino, para enamorarte.... Aquí te pierdes en consideraciones que parecen un sinsentido, aunque más bien es un supra-sentido.

“¿Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvos de la cólera!”: Si cuando eras enemigo de Dios, fuiste justificado para ser su amigo, ahora que ya eres amigo de Dios, ¿no hará nada Dios para *“salvarte de la cólera”* producida por tus pecados?:

«SI MURIÓ POR LOS ENEMIGOS, PIENSA QUÉ HARÁ POR LOS AMIGOS.

¿Si Cristo se entregó a la muerte por los incrédulos y enemigos de Dios en el tiempo, pues ha muerto en el tiempo, ya que resucitó al tercer día; cuánto más nos auxiliará con su gracia a los que creemos en él? Pues murió para conseguirnos la vida y la gloria. Por lo tanto, si murió por los enemigos, se debe comprender cuánto más será fiador de los amigos.» (AMBROSIÁSTER, Comentario a la Carta a los Romanos; CSEL 81, 157).

La “sangre” de Cristo Jesús no clama venganza, como la de Abel, sino misericordia:

*«Se oye la sangre de tu hermano (Abel) **clamar a mí** desde el suelo. Pues bien: maldito seas (Caín), lejos de este suelo que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano.» (Gén. 4, 10-11).*

La “sangre” de Nuestro Señor Jesucristo no reclama al vengador de sangre, como sí la reclamaba la antigua ley:

*«El mismo **vengador de la sangre dará muerte al homicida: en cuanto le encuentre, lo matará.**» (Núm. 35, 19).*

*«Si un hombre odia a su prójimo y le tiende una emboscada, se lanza sobre él, le hiere mortalmente y aquél muere, y luego huye a una de estas ciudades (de asilo), los ancianos de su ciudad mandarán a prenderle allí, y **le entregarán en manos del vengador de sangre, para que muera.** No tendrá tu ojo piedad de él. Harás desaparecer de Israel todo derramamiento de sangre inocente, y así te irá bien.» (Deut. 19, 11-13).*

Ahora los hombres somos “*justificados por su sangre*”, no castigados, sino galardonados: ¡El amor de Dios es incomprensiblemente infinito!

“Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!”: Reitera S. Pablo el mismo argumento anterior. No es creíble que se trate de un despiste, sino que tal vez quiera hacer hincapié en lo grandioso del amor de Dios y vuelve a decir lo mismo, aunque sea de otra manera.

“Y no sólo eso, sino que también nos gloriamos en Dios”: No le parece suficiente a S. Pablo la consideración de tu reconciliación con Dios

y tu liberación del pecado, sino que, además, te exhorta a la alegría por el gozo que supone para ti la participación en la gloria divina.

“Por nuestro Señor Jesucristo”: Toda la obra redentora es obra de Nuestro Señor Jesucristo. Dios, para reconciliarte consigo, envió a su Hijo a la cruz. Desde la miseria humana no se entiende este proceder divino, pero tú debes adorar, aun sin comprender, tan magnífico beneficio recibido gratuitamente sin mérito tuyo alguno.

“Por quien hemos obtenido ahora la reconciliación”: Gracias a Nuestro Señor Jesucristo, el hombre, constituido en enemigo de Dios desde el paraíso de Adán, ahora es reconciliado como hijo adoptivo de Dios en el Hijo natural.

3ª Lectura (Mt. 9, 36-10, 8)



“Llamó a sus doce discípulos y los envió”

«En aquel tiempo, al ver Jesús a las gentes, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, “como ovejas que no tienen pastor”. Entonces dijo a sus discípulos: –La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies. Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia.

Estos son los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simón, el llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago el Zebedeo, y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé, Tomas y Mateo el publicano; Santiago el Alfeo, y Tadeo; Simón el fanático, y Judas Iscariote, el que lo entregó. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones: –No vayáis a tierra de paganos ni entréis en las ciudades de Samaría, sino id a las ovejas descarriadas de Israel. Id y proclamad que el Reino de los cielos está

cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios, Gratis habéis recibido, dad gratis.» (Mt. 9, 36-10, 8).

“*Al ver Jesús a las gentes, se compadecía de ellas*”: Según progresaba el ministerio público de Jesús se iba poniendo cada vez más de manifiesto el deplorable estado en que vivían las turbas, cosa que provocó en Jesús una reacción de *conmiseración profunda*: “*ἐσπλαγχνίσθη*”. La miseria del hombre es mucha, pero, además, el hombre del mundo la ignora, cosa que conmueve más todavía al Corazón amantísimo de Jesús, todo Él lleno de compasión.

Aquí se pone de manifiesto la magnanimidad del Corazón de Jesús, tan sensible para con las dolencias de las pobres almas. No se irritó el Corazón de Jesús por las culpables miserias de las almas, sino que Jesús se conmovió en sus misericordiosas entrañas. La compasión es una propiedad estrictamente cristiana, infundida por Cristo Jesús en el alma del cristiano. “*Com-pasión*” es “*padecer-con*” el que sufre. Para llegar aquí es necesario tener un corazón purificado de toda inmundicia mundana: ¿qué haces para purificarte? Sólo purificado de tus miserias podrás tener entrañas compasivas para con toda la creación.

“*Porque estaban extenuadas (ἐσκυλμένοι) y abandonadas (ἐρριμμένοι), como ovejas que no tienen pastor*”: Parece que Jesús hace alusión a una cita del profeta Ezequiel, donde describe al pueblo de Dios como a un rebaño abandonado, disperso, errante, desfallecido, sin pastor y a merced del lobo:

«Y ellas se han dispersado, por falta de pastor, y se han convertido en presa de todas las fieras del campo; andan dispersas. Mi rebaño anda errante por todos los montes y altos collados; mi rebaño anda disperso por toda la superficie de la tierra, sin que nadie se ocupe de él ni salga en su busca.» (Ez. 34, 5-6).

Jesús censura aquí la postura tomada por los sacerdotes, los escribas y fariseos del pueblo judío, pues en lugar de alimentar al pueblo con sana doctrina, se aprovechaban de su posición social para esquilmar al rebaño del Señor.

Cargaban con fardos pesados al pueblo sin el menor miramiento, pero ellos no movían un dedo:

«Atan **cargas pesadas** y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas.» (Mt. 23, 4).

Y todavía peor, asesinaban al rebaño que intentaba acercarse a Dios:

«Por eso dijo la Sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y apóstoles, y a algunos **los matarán** y perseguirán, para que se pidan cuentas a esta generación de la sangre de todos los profetas derramada desde la creación del mundo, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, el que pereció entre el altar y el Santuario. Sí, os aseguro que se pedirán cuentas a esta generación. “¡Ay de vosotros, los legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! **No entrasteis vosotros, y a los que están entrando se lo habéis impedido.**”» (Lc. 11, 49-52).

Todo esto bullía en el Corazón de Jesús y le llevó a ese estado de intensa conmiseración por el atropello que sufría su amado rebaño. Pero ¿cómo veía el Señor a las gentes?:

“*Extenuadas (ἐσकुλμένοι)*”: A la letra sería: despellejadas, afligidas, acosadas.

“*Abandonadas (ἐρριμένοι)*”: A la letra sería: abatidas, desamparadas, indefensas, arrojadas, echadas.

La imagen de estos dos términos, tal como vio Jesús al vivo a las gentes de todas las generaciones, sería la siguiente: las gentes andan como ovejas con la piel arrancada y arrojadas en los campos a merced de cualquier alimaña y sin defensa de pastor alguno. La pintura es en extremo dolorosa, razón por la cual Jesús se conmueve en su corazón.

Así te vio Jesús a ti desde la profundidad de los siglos, como a aquellos ciudadanos de hace 2.000 años. Y Jesús quiere asumir la protección de tu vida: ¡ponla en sus manos!

El realismo de Jesús no puedes llamarlo tú pesimismo cristiano. Es propio de los comodones y desamorados decir que esta visión de la realidad del mundo va encarecida, es pesimista y desalentadora. Cuando un mundano no tiene valores humanos ni virtudes cristianas para remontarse a la realidad y ponerse al servicio del amor, mete la cabeza bajo la arena

diciendo que la realidad es como él la ve: ¡muy bonita! El mundo anda descarrado, y los perversos desalmados lo niegan. El mundo anda descarrado, y los santos se conmueven y dedican sus días para volverlo al buen camino.

“Entonces dijo a sus discípulos”: Jesús va a sustituir los malos pastores judíos por sus amados discípulos, a los que viene preparando para tan preciosa labor. Con esto va a quedar abolida la estirpe de la serpiente y sustituida por la estirpe de la Mujer:

«*Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar.*» (Gén. 3, 15).

“La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos”: Los judíos necesitados de salvación son todos, y los “trabajadores” para dar esa salvación son sólo los discípulos. Con la expresión de que “*la mies es abundante*” Jesús se refiere a las gentes que lo siguen para escuchar sus palabras, pero debe también entenderse de todas las gentes de todos los tiempos, hasta el fin del mundo.

Debes entender que los pocos trabajadores que dedican su vida a seguir a Jesús en la misión están demasiado atareados, demasiado cargados y agobiados ante tanta mies como hay que recoger. Ante esta realidad, tú ¿qué harás? ¿Te dedicarás al fútbol y los toros?

“*Los trabajadores son pocos*” porque muchos llamados le han dado la espalda a Dios. Se dan demasiadas negativas a la llamada divina. Dios sigue llamando, pero la sordera de los hombres es casi total. Y cuando escuchan la llamada se toman tales precauciones que uno se pasma. Para meterse en las garras de Satanás, las almas no se toman precaución alguna, pero para ponerse en las manos del Señor, ¡qué cosas no se oyen! ¡Qué cautos se vuelven los mortales! ¿De dónde les viene esa repentina prudencia y sabiduría previsoras de todos los futuros? ¡Qué máquinas de guerra no cargan sus cañones para tirar a dar en la diana!

“Rogad, pues”: Jesús pone la oración como medio eficaz para poder contar con buenos y abundantes trabajadores. Por tanto, la presencia de evangelizadores santos vendrá determinada por la abundante oración de los pastores actuales.

Y Jesús manda a los trabajadores que ha llamado, que recen, como primera labor apostólica, para que el Padre envíe más trabajadores, más discípulos predicadores del mensaje de salvación, su Evangelio.

La oración cristiana orientada a pedir al Padre envío de trabajadores a la mies del Señor, tiene poder para evangelizar a través de estos operarios que respondan a esa llamada.

Nunca se encarecerá lo suficiente la necesidad de la oración en todas las vertientes del devenir cristiano. Y es que tu salvación eterna, así como la salvación de tus hermanos, va a depender de tu oración. ¿Y por qué la necesidad de la oración? –Porque Dios ha vinculado a la oración la concesión de sus gracias. Si se ora, se consigue lo pedido; si no se ora, no se consigue cosa alguna.

“*Al Señor de la mies*”: Como en otras ocasiones, Jesús se refiere con esta expresión al Padre eterno.

«*Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador.*» (Jn. 15, 1; cf. Mt. 21, 33-46; Mc. 12, 1-12; Lc. 20, 9-19).

No deja de tener su importancia esta puntada de Jesús. Las almas no son de mortal alguno, sólo son de Dios: “*Señor de la mies*”. Nadie puede apropiárselas. Y así dirá a S. Pedro:

Le dice Jesús (a S. Pedro): “Apacienta mis ovejas.”» (Jn. 21, 16).

La mies, o las ovejas, no son tuyas, Pedro, son mías. Tanto el Padre como Jesús son dueños a la par de las almas. ¡Cuidado con esos celos indiscretos usurpadores de las almas!

«EL SEÑOR DE LA MIES.

Luego, para mostrarles cuán grande era la dádiva que les hacía, “Rogad –les dice– al Señor de la mies”. Con lo que, veladamente, manifiesta ser Él quien poseía aquel dominio. En efecto, apenas les hubo dicho “Rogad al Señor de la mies”, sin que ellos le hubieran rogado nada, sin que hubiera precedido una oración de su parte, Él los escoge inmediatamente, a la vez que les recuerda las expresiones mismas de Juan (cf. Mt. 3, 12) sobre la era y el bieldo, la paja y el trigo. Por donde se ve claro que Él es el labrador, el amo de la mies, el dueño soberano de los profe-

tas. Porque si ahora mandaba segar a sus discípulos, claro está que no los mandaba a campo ajeno, sino a lo que Él mismo había sembrado por medio de los profetas. Mas no se contenta el Señor con animar a sus discípulos por el hecho de llamar “cosecha” a su ministerio, sino haciéndolos aptos para ese mismo ministerio.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre el Evangelio de Mateo, 32, 3; CCL 77, 63).

“Que mande trabajadores a su mies”: Dios está deseoso de enviar evangelizadores, pero no encuentra quienes se lo pidan. Ha querido Dios vincular el envío de misioneros a la oración de los otros misioneros. Y mientras estos otros misioneros no se lo pidan, Dios no entrega sus dones a la fuerza, contra la voluntad de los humanos. Dios es sumamente respetuoso y respeta la voluntad humana. Pero también es generoso y da en abundancia a quien se lo pide:

*«Si alguno de vosotros está a falta de sabiduría, que la pida a Dios, que da a todos **generosamente** (ἀπλῶς) y sin echarlo en cara, y se la dará.» (Sant. 1, 5).*

“Llamó a sus doce discípulos”: Jesús va a enviar por primera vez a sus apóstoles para que prediquen el Evangelio. La iniciativa de la llamada es divina: es Jesús quien llama. Por otra parte, esta llamada es universal: a los 12 apóstoles, representantes de las 12 tribus de Israel. Con esta atrevida iniciativa, en Jesús se va descubriendo su intencionalidad de futuro para con su Iglesia, va poniendo los mojones que señalarán la estrategia a seguir hasta la consumación de los siglos.

Sin esta intervención de Dios llamando a tu vida, todo queda reducido a pura miseria humana y milenaria maldad.

Pero Dios tiene misericordia de ti, y te llama: porque te ama, porque te considera su hijo, porque Él se considera tu Padre.

Y tiene también Jesús misericordia de tu hermano, y por eso te llama, para que a su vez tú los llames a ellos en nombre de Jesús y sigáis juntos al Señor: ¡escucha y llama!

“Llamó a sus doce discípulos”: Jesús sigue llamando hoy, pero el estruendoso ruido mundanal, todo él programado por Satanás, no te permite oír su voz, que habla en el silencio: ¡calla y escucha! Pero, además, crea tú ambientes de *silencio y escucha de Dios*, para que el seguimiento

de Jesús sea posible. El primer paso hacia el encuentro con Dios vendrá determinado por tu huida del mundo (“*Fuga mundi*”).

Y no está tanto la cosa en que tengas tú que pedir a Jesús que te llame, cuanto que tú escuches la llamada que Jesús te hace. Yo te diría, hermano, sigue a Jesús, aunque no escuches nada, pues la fe es suficiente llamada para asegurarte la llamada que Dios te hace: ¡adelante!

“*Y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos*”: Jesús da poder a sus apóstoles para arrojar demonios. Serán los apóstoles quienes arreglen este demenciado mundo. Con este poder carismático confirmarían los apóstoles ante las gentes el testimonio de su predicación.

Jesús les manda a predicar en cumplimiento de aquello para lo que habían sido elegidos:

«*Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios.*» (Mc. 3, 14-15).

La tarea del apóstol consistirá en *destapar* demonios y, con el poder de Jesús, *expulsarlos*. Esta tarea es contraria a la del mundo, razón por la cual el apóstol está expuesto a ser censurado y perseguido por el mundo.

Pero tú vete sin temor, pues Dios te ha dado poder sobre Satanás: ¡ejércelo! Y ya sabes el modo: “*oración y penitencia*” (Mc. 9, 29).

La primera comunidad cristiana no procedía de otra suerte:

«*Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios.*” Designaron presbíteros en cada Iglesia y después de hacer **oración con ayunos**, los encomendaron al Señor en quien habían creído. Atravesaron Pisidia y llegaron a Panfilia; predicaron en Perge la Palabra y bajaron a Atalía.» (Hech. 14, 22-25).

Los primeros cristianos predicaban el evangelio a precio de su propia cabeza: “*Predicaron el Perge la Palabra*”. No se presentan a otros cultos y culturas dejando en la ignorancia y corrupción a sus víctimas, sino que, aun a costa de su propia cabeza, predicán el mensaje de salvación sin tapujos diabólicos. ¿Está claro? –¡Pues adelante!

Cuando tú sacas un demonio de la vida de tu hermano, le has quitado a Jesús un peso infernal: ¡adelante con la tarea!

Jesús llama “*espíritus inmundos*” a los demonios, porque los judíos creían que habitaban preferentemente en tumbas, cosa que ocasionaba esa impureza legal que tanto detestaban los judíos. Pues bien, tú estás llamado por Jesús para sanear esta inmundicia: ¡no peques de tímido!

“Y curar toda enfermedad y dolencia”: Como la enfermedad es una consecuencia del pecado introducido por seducción de Satanás, Jesús, además de otorgar poderes a sus apóstoles contra los demonios, les da también poderes especiales contra las consecuencias del pecado, es decir, contra el poder de Satanás.

“Estos son los nombres de los Doce apóstoles”: El número 12 no es arbitrario. Es el mismo número que componen los patriarcas que originaron las 12 tribus de Israel: la totalidad del pueblo de Dios.

Así como se propagó el pueblo de Israel por medio de estos 12 patriarcas, así se propagará ahora el nuevo pueblo de Dios por medio de los 12 apóstoles, que predicarán el Evangelio a todas las gentes para la fundación y propagación del nuevo Israel de Dios, la Iglesia. Aunque más bien deberíamos invertir los términos: aquellos 12 patriarcas de Israel fueron elegidos por Dios para representar a estos 12 apóstoles que están ahora aquí.

Cuatro listados de apóstoles conservamos en las Sagradas Escrituras (Mt. 10, 2-4; Mc. 3, 16-19; Lc. 6, 13-16; Hech. 1, 13). En las cuatro listas aparece el primero S. Pedro, y Judas Iscariote, el último. Aunque en los Hechos de los Apóstoles no se nombra a Judas, pues ya se había suicidado.

De los apóstoles, unos eran pescadores (Pedro, Andrés, Santiago el Mayor y Juan), otros no sabemos cuál fue su profesión, pero parece que pertenecían al mismo nivel social: eran de condición humilde, pobres y de formación endeble. La única excepción es S. Mateo, el publicano o recaudador de impuestos, cuyo nivel económico y cultural era superior al de los demás apóstoles. Los Doce lo dejaron todo por seguir a Jesús incondicionalmente.

“El primero (πρῶτος), Simón, el llamado Pedro”: El nombre originario de nacimiento es “*Simón*”, Barjona, es decir, hijo de Jonás o de Juan.

El nombre de “*Pedro*” (Cefas = Piedra) se lo impuso Jesús, pues había de ser la piedra fundamental sobre la que edificaría su Iglesia.

«*Jesús, fijando su mirada en él (en Pedro), le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas”, que quiere decir “Piedra”.*» (Jn. 1, 42; cf. Mc. 3, 16).

«*Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.*» (Mt. 16, 18).

La expresión “*primero*” (más bien “*principal*” “*πρῶτος*”) indica que Jesús tiene una predilección especial sobre S. Pedro, una primacía sobre los demás apóstoles. Hay aquí una dignidad y jurisdicción superior a la de los demás apóstoles. Pedro será la Cabeza del Colegio Apostólico. Si se tratara tan sólo de indicar el primero numéricamente de la lista apostólica, hubiera empleado la expresión “*πρῶτον*”, pero S. Mateo utiliza el término “*πρῶτος, principal*”. Y esta figura primaria perdura hoy en la persona del Romano Pontífice.

“Y su hermano Andrés”: Aunque S. Andrés es de Betsaida (cf. Jn. 1, 44), sin embargo, lleva el nombre en griego (“*andreas*”), que significa “*valiente*”. Fue discípulo de S. Juan Bautista.

S. Andrés era pescador en Cafarnaum (cf. Mt. 4, 18) con su hermano S. Pedro. Parece que evangelizó Rusia. Murió martirizado en Patras (Grecia) el año 60 en una cruz en forma de X.

“Santiago el Zebedeo, y su hermano Juan”: Santiago el Mayor y su hermano S. Juan son hijos de Zebedeo (cf. Mt. 10, 2) y de Salomé. Son dos de los tres apóstoles íntimos del Señor. Jesús los llamó “*Boanerges*” (los truenos). Los dos hermanos eran pescadores en el lago Tiberíades, junto con S. Pedro y su hermano S. Andrés.

Santiago vino a España, fue decapitado el año 44 por el impío Herodes (cf. Hech. 12, 2) y sus restos descansan en Santiago de Compostela (España).

S. Juan trasciende la vida de todos los apóstoles. Parece que el intento de martirio arrojándolo a una perola de aceite hirviendo quedó frustrado por milagro. Muere como en el año 100 de nuestra era. El apóstol virgen fue el único de entre los apóstoles que trascendió el martirio.

“Felipe y Bartolomé”: Eran de Betsaida (cf. Jn. 1, 44). S. Felipe (su nombre significa “*amante de los caballos*”) siguió a Jesús después de presentarle a Natanael. No se sabe nada de su apostolado.

S. Bartolomé, según cuenta Eusebio de Cesarea en su Historia Eclesiástica 5, 10, 3, llevó a la India el evangelio arameo de S. Mateo; según otra tradición, evangelizó Armenia, donde murió.

“Tomás y Mateo el publicano”: El nombre de Tomás significa “*gemelo*”, y así lo denomina S. Juan en su evangelio (cf. Jn. 11, 16). Pide señales a Jesús (cf. Jn. 14, 5) y duda de la resurrección (cf. Jn. 20, 24-28). Según Eusebio de Cesarea en su Historia Eclesiástica, 3, 1, Sto. Tomás evangelizó a los partos y fue enterrado en Edesa, si bien los cristianos sirios de Malabar lo consideran el evangelizador de la India y veneran su tumba en Madrás.

S. Mateo es hijo de Alfeo y parece originario de Cafarnaum (cf. Mc. 2, 14-15). Es el autor del primer evangelio, que dirige a los cristianos procedentes del judaísmo. Según S. Ireneo (Adversus haereses, 3, 1, 1) compuso su evangelio “*entre los hebreos, en su propia lengua*”. Se denomina a sí mismo “*publicano*” (cf. Mt. 10, 3). Los demás evangelistas lo llaman Leví (cf. Mc. 2, 14; Lc. 5, 27). Tradiciones incontroladas refieren que dejó Palestina el año 42 para evangelizar diferentes regiones (Persia, Siria, Macedonia, etc.). Nada se sabe en concreto de su muerte, que posiblemente habría tenido lugar en Etiopía.

“Santiago el Alfeo, y Tadeo”: Santiago el Menor es hijo de Alfeo y María (cf. Mc. 15, 40; Jn. 19, 25), es medio hermano de Judas Tadeo (cf. Jud. 1; Mt. 13, 55), que es hijo de Cleofás y María (cf. Mc. 15, 40). Son oriundos de Nazaret.

Parece que María se casó dos veces, la primera con Alfeo, de quien son hijos **Santiago el Menor** y José; la segunda vez se casó con Cleofás (hermano de San José) de quien son hijos Simón y **Judas**.

Según esta hipótesis probable, María, mujer de Cleofás, sería cuñada de la SS. Virgen María, como parece indicar el texto bíblico, y los cuatro hijos serían sobrinos de la Virgen María y primos de Nuestro Señor.

Santiago ejerce un papel relevante en la comunidad de Jerusalén, de la que S. Pablo, en su carta a los Gálatas, lo presenta como una de las columnas de Jerusalén (cf. Gál. 2, 9). Según S. Pablo estuvo casado (cf. 1 Cor. 9, 5). Es el autor de la carta que lleva su nombre. Eusebio de Cesarea, en su Historia Eclesiástica, 2, 23, y Flavio Josefo, en Antigüedades Judaicas, 20, 200, hablan de su martirio por lapidación en el año 61 ó 66.

A Judas se le identifica con Tadeo (cf. Mt. 10, 3; Mc. 3, 18). En los Hechos de los Apóstoles se le llama Judas (cf. Hech. 1, 13). El nombre de Tadeo (del arameo “*thaddaios*”) significa “*de pecho*”. ¿Vendría a indicar este apodo que Judas es hermano de pecho de Santiago? Es decir, que, aunque no comparte el mismo padre con Santiago, sí comparte la misma madre.

“Simón el fanático”: S. Lucas en su Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles lo denomina “*Zelotes*” (cf. Lc. 6, 15; Hech. 1, 13). Parece que había pertenecido al movimiento de los zelotes, de donde toma su apodo. No sabemos más de él.

“Y Judas Iscariote, el que lo entregó”: Era natural de Kerioth, aldea de Judá. De aquí, “*Ish*” (“varón”, en hebreo), y “*kerioth*”; es decir, “*Ish-Kerioth*”. “*Iscariote*”. De aquí tomó Judas el nombre de Iscariote. Por tanto, te encuentras ante el único apóstol que no era galileo, sino judío.

Todos los evangelistas lo denominan “*el traidor*”. Personifica el judaísmo, tiene un origen apostólico aceptable, pero termina robando y matando a Dios.

“A estos Doce los envió Jesús”: Es Dios quien envía a su Iglesia para la salvación de las gentes. ¿En qué queda esa pretensión despótica e inmundada de impedir a la Iglesia su derecho y obligación de ejercer autoridad sobre espíritus inmundos?

Pero los hijos de los espíritus inmundos sitúan a la Iglesia como si fuera la capitana de las potencias del mal. Así son los hijos de este mundo, revestidos de una autoridad usurpada que no les pertenece.

Su actividad en este mundo consistirá en:

«*Hacerle la guerra a Dios.*» (Hech. 5, 39).

Jesús quiere tu salvación y por ello no se conforma con predicarte Él mismo, sino que envía a los suyos para que también sigan predicándote para ver si, como la gota que horada la piedra, así sea horadada tu voluntad rebelde y te abras a su Evangelio.

Agradece a Dios la providencia que ha tenido contigo: te ha enviado a ti como testigo martirial para que purifiques tus propios pecados en la Sangre de Cristo y para que evites los pecados en tus hermanos: que no cometan otros pecados parecidos a los tuyos.

“*Con estas instrucciones*”: S. Mateo recoge aquí un programa de vida apostólica: el estatuto del misionero.

“*No vayáis a tierra de paganos ni entréis en las ciudades de Samaria*”: Jesús delimita el campo de la acción misionera de sus apóstoles. Como las promesas mesiánicas se habían hecho para los israelitas, los apóstoles han de ir primero a enseñar la doctrina evangélica a los judíos. Más tarde irán hasta los confines de la tierra:

«*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado.*» (Mt. 28, 19-20).

«**NO SEGUIR EL CAMINO DE LOS PAGANOS.**

Era conveniente anunciar la venida de Cristo primero a los judíos, para que no tuvieran una excusa justa diciendo que habían rechazado al Señor porque había enviado a los apóstoles a los gentiles y a los samaritanos. Según el sentido tropológico (figurado), se nos ordena a nosotros, que llevamos el nombre de Cristo, que no sigamos el camino de los paganos ni el error de los herejes, para que estén separados por el género de vida los que lo están por la religión.» (S. JERÓNIMO, Comentario al Evangelio de Mateo, 1, 10, 5-6; CCL 77, 65).

“Sino id a las ovejas descarriadas de Israel”: Al hacer Jesús esta alusión a las *“ovejas descarriadas de Israel”*, está indicando que sus apóstoles han quedado constituidos en ministros de su mesianismo, que ejercerán como buen pastor:

«*Como pastor pastorea su rebaño: recoge en brazos los corderitos, en el seno los lleva, y trata con cuidado a las paridas.*» (Is. 40, 11).

«*Yo vendré a salvar a mis ovejas para que no estén más expuestas al pillaje; voy a juzgar entre oveja y oveja. Yo suscitaré para ponérselo al frente un solo pastor que las apacentará, mi siervo David: él las apacentará y será su pastor.*» (Ez. 34, 22-23; cf. 37, 24).

Las ovejas estaban dispersas a causa de la mala gestión de las autoridades judías. No se ponían estas autoridades al servicio de las necesidades del rebaño, sino que más bien abusaban sirviéndose del rebaño arbitrariamente.

“Id y proclamad”: Los apóstoles van a predicar lo mismo que ya habían escuchado al Bautista y a Jesús, la proximidad del Reino de los Cielos. Estaban, por tanto, suficientemente preparados para impartir la primera catequesis.

Por tratarse de la primera evangelización, se pone de manifiesto lo sustancial del programa misionero: *“El Reino de los Cielos”*:

“Que el Reino de los cielos está cerca”: Está cercano en el tiempo, pero también está cercano en el espacio. Jesús se ha hecho compañía del hombre, es el Emmanuel, el Dios-con-nosotros (cf. Mt. 1, 23):

«*El Reino de Dios ya está entre vosotros.*» (Lc. 17, 21).

“Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios”: Con estos poderes los apóstoles se hacen creíbles y ellos mismos llegarán a comprender que se les envía con toda la autoridad divina. El argumento es definitivo.

“Gratis habéis recibido”: Jesús previene a sus apóstoles contra la soberbia de creerse alguien. No hay merecimiento propio. Han recibido el poder taumatúrgico sin mérito alguno.

“*Dad gratis*”: Jesús previene ahora a sus discípulos contra la codicia. Sería un latrocinio cobrar algo por un don que ha hecho Jesús, no los apóstoles.